

Parte 3: Capítulo 9

Celoso de buenas obras

Martyn McGeown

Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.

(Tito 2:14)

¿Tienes una pasión o un objetivo que te consume?

¿Hay algo a lo que dedicas tu energía, tu tiempo, tu dinero y tu vida?

Todos tenemos algo que nos impulsa, que nos hace levantarnos de la cama por la mañana o por lo que vivimos. Hay quienes se mueven por el deseo de riqueza; otros, por el deseo de fama y popularidad; otros tienen ansia de poder, y gastarán y se gastarán por esas cosas. Otros, con ambiciones quizás menos grandiosas, viven para su familia.

¿Cuál es la meta o la pasión del cristiano?

¿Es estar sano? ¿Es nuestra máxima prioridad en la vida nuestro bienestar físico? ¿Es nuestra familia, nuestro cónyuge o nuestros hijos? ¿Es su bienestar lo primero? ¿O es nuestra iglesia? Aunque esas cosas son importantes, ninguna de ellas es la respuesta correcta.

Somos, debemos ser y Cristo nos ha hecho ser un pueblo celoso de *buenas obras*.

Hace unos dos mil años, el apóstol Pablo, escribiendo a un joven pastor misionero en la isla de Creta, le recordó cuál es la pasión del cristiano: las buenas obras.

En Tito 2:14, leemos que el pueblo de Dios es “celoso de buenas obras”. El celo es una pasión ardiente, ferviente, ardiente: ¿tienes ese celo por las buenas obras?

Cristo ha muerto para hacernos un pueblo celoso y apasionado por esas buenas obras.

En el Antiguo Testamento, Jehová es llamado el “Dios *celoso*” (Éxodo 20:5; 34:14). Esa frase también podría traducirse como “Dios *ferviente*”, es decir, el Dios que es apasionado por su propia gloria y el Dios que no tolera rivales a esa gloria. En el Nuevo Testamento, Jehová encarnado, Jesucristo, es celoso. Cuando, con gran indignación, expulsó a los cambistas del templo, se da la siguiente explicación: “El celo de tu casa me consumió” (Juan 2:17; cf. Sal. 69:9). Jesús era celoso, ferviente, ardiente o apasionado por la gloria de Dios y la pureza de la casa de Dios.

“Celoso de buenas obras”- ese es tanto el objetivo (o propósito) como el efecto (o resultado) de la muerte de Cristo en la cruz. No nos limitamos a realizar ocasionalmente algunas buenas obras, tal vez a medias o

de mala gana. ¡En absoluto! Tenemos un compromiso apasionado con las buenas obras. No nos cansamos de hacer buenas obras. Nunca estamos satisfechos con la cantidad o la calidad de las buenas obras que hacemos. Tenemos hambre y sed de realizar más buenas obras. Nos apasionan las buenas obras tanto como a alguien que se presenta a la Casa Blanca le apasiona ganar la presidencia de los Estados Unidos, o como a un equipo que compite le apasiona ganar la Copa del Mundo, el Super Bowl o algún otro trofeo deportivo.

¿Te describe esto, querido lector?

Creo que esa es la razón por la que has decidido leer este libro. Queremos oír hablar de la santidad, de la santificación, no solo para saber qué es, no solo para poder definir correctamente la palabra, no solo para poder discutir sobre ella en un debate teológico, sino porque personalmente queremos ser santos. Somos apasionados, celosos, estamos encendidos por la santidad, nuestra *propia* santidad.

La carta de Pablo a Tito ilustra maravillosamente la verdad de que la vida piadosa brota de la sana doctrina. No se puede tener una vida piadosa sin creer en la verdad. Se *obtendrá* una autojustificación moralista, pero no buenas obras. Creer en la verdad producirá y debe producir una vida piadosa.

Considera los siguientes pasajes de la epístola a Tito:

...y el conocimiento de la verdad que es según [es decir, de acuerdo o en armonía con] la piedad (1:1).

Pero tú habla lo que conviene [es decir, adecuado] a la sana doctrina (2:1).

Recuérdales... que estén dispuestos para toda buena obra (3:1).

Palabra fiel es esta, y acerca de estas cosas quiero que hables con firmeza, para los que han creído en Dios procuren ocuparse en buenas obras. Estas cosas son buenas y útiles a los hombres (3:8).

Y aprendan asimismo los nuestros a ocuparse en buenas obras para los casos de necesidad, para que no estén sin fruto (3:14).

La epístola de Pablo a Tito refuta con fuerza la calumnia de que la fe reformada desalienta las buenas obras o que hace a los hombres descuidados, profanos e inactivos en las buenas obras. ¡Qué barbaridad! Nadie es más apasionado por las buenas obras que el cristiano salvado solo por la gracia. ¡Nadie!

La razón por la que muchos de nosotros nos sentimos asustados e incluso desanimados por un texto como este es que tenemos una comprensión errónea de las buenas obras. Las buenas obras son obras realizadas en obediencia a la ley de Dios, obras realizadas por fe y obras realizadas para la gloria de Dios. Esta es la definición reformada y bíblica del *Catecismo de Heidelberg*:

[Las buenas obras son] Únicamente aquellas que se realizan con fe verdadera, conforme a la Ley de Dios, y se aplican solamente a su gloria; y no aquellas que están fundadas en nuestras buenas intenciones o sobre instituciones humanas (P. y R. 91)

Pero hay más.

Existe una tendencia moderna en la iglesia a menospreciar las obras “ordinarias”. Las buenas obras, dicen los cristianos modernos, deben ser espectaculares.

Tenemos que salir ahí fuera y hacer grandes cosas por Dios; tenemos que ayudar a los pobres a gran escala; tenemos que luchar contra la injusticia; tenemos que promover causas sociales. Si estas cosas son las buenas obras de Tito 2:14, entonces muchos (si no la mayoría) de nosotros no estamos incluidos en nuestro texto.

Quizás digas: “Pero tengo poco tiempo para las buenas obras. Estoy ocupado en mi trabajo; cuando llego a casa, estoy cansado. Soy una madre ocupada, agotada por cuidar de mis hijos y mantener la casa en orden. Estoy ocupado en la escuela o la universidad, por lo que apenas tengo tiempo fuera de mis estudios para hacer buenas obras”. Pero, ¿no son *ellas* buenas obras?

¿No es una *buena obra* trabajar fielmente para mantener a tu familia y apoyar a la iglesia? ¿No es una *buena obra* que un padre guíe a su esposa e hijos, incluso después de un largo día de trabajo? ¿No es una *buena obra* que una madre cuide de sus hijos, alimentándolos, educándolos, consolándolos, limpiando lo que ensucian, disciplinándolos? ¿Estudiar —respetar al profesor, hacer los deberes a tiempo, ser amable con los demás alumnos— no es una *buena obra*? ¿Vivir en la iglesia —asistir diligentemente a los servicios de adoración, preparar y enviar a tus hijos al catecismo, disfrutar de la comunión con los demás santos— no es una *buena obra*? ¿Ser amable con tus hermanos menores o mayores, honrar y obedecer a tus padres y ayudar en las tareas domésticas no son *buenas obras*?

Estas son las buenas obras del contexto. El comportamiento sobrio de los ancianos, la vida santa de las ancianas, la fidelidad y el amor de las mujeres jóvenes, la sobriedad de los jóvenes, la diligencia y el comportamiento ejemplar del pastor, la obediencia de los esclavos (o empleados) y, según Tito 3:13-14, la hospitalidad: estas son las buenas obras ordinarias y poco glamorosas que se nos exigen.

¿Somos celosos en esto? Si no somos fieles en esto, ¡no seremos fieles en las obras más llamativas! De hecho, haremos nuestras buenas obras con el motivo de un fariseo y, por lo tanto, no serán buenas en absoluto (Mateo 6:1-18).

Además de eso, estamos llamados a *oponernos con celo a las malas obras*. El celo de Cristo por la casa de su Padre no solo le hizo diligente en su asistencia al culto, sino también ardiente en su celo contra la corrupción del culto de su Padre.

¡Debemos oponernos con celo a *nuestras propias malas obras*! Quien es celoso en las buenas obras es celoso en el arrepentimiento del pecado. Detesta sus propios pecados y lamenta su propia naturaleza pecaminosa, ¡*mucho antes de oponerse con celo a las malas obras de los demás*!

Pero Pablo no espera que los cristianos seamos naturalmente celosos de las buenas obras, ni nos dice que simplemente sigamos adelante con ellas. Tampoco nos hace sentir culpables si no realizamos suficientes buenas obras ni nos amenaza si realizamos muy pocas.

En cambio, Pablo explica cómo y por qué hacemos buenas obras, y por qué somos celosos de muchas buenas obras.

Nuestro celo por las buenas obras es fruto de la cruz. Esto es lo que la predicación moralista descuida y niega. Las buenas obras son imposibles sin la gracia de Dios; y las buenas obras son el fruto necesario, inevitable e infalible de la gracia de Dios, ya que esa gracia nos llega a través de la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

En Tito 2, la gracia de Dios trae la salvación (v. 11), la gracia de Dios nos enseña a negar la impiedad y a vivir una vida piadosa (v. 12), la gracia de Dios nos enseña a esperar ansiosamente el regreso de Cristo (v. 13), y la gracia de Dios nos redime y purifica, haciéndonos un pueblo celoso de las buenas obras (v. 14).

Cristo es tan celoso de la gloria de Dios, tan celoso de que hagamos buenas obras y tan celoso de que seamos celosos en hacer esas buenas obras, que se entregó a sí mismo a la cruz con ese mismo objetivo.

Pablo explica la muerte de Cristo en términos de tres cosas.

Primero, la muerte de Cristo fue un sacrificio de entrega (“quien se dio a sí mismo por nosotros”).

Segundo, la muerte de Cristo fue el pago del precio de la redención (“para redimirnos”).

Tercero, la muerte de Cristo fue una obra santificadora (“purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras”).

En primer lugar, vemos la motivación de Cristo: fue el amor. El amor significa que Cristo nos tiene un profundo afecto y se deleita en nosotros, que está decidido a hacernos bien y que busca hacernos suyos. Vemos ese amor en la forma en que el versículo 14 nos describe: “un pueblo propio”.

Un “pueblo propio” no es un pueblo extraño, raro o peculiar. El mundo impío nos ve como peculiares en ese sentido. La frase significa que pertenecemos peculiarmente a Dios como su posesión preciada. En Éxodo 19:5, Jehová declara: “Seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos”. En Deuteronomio 7:6, Jehová declara: “Jehová tu Dios te ha escogido para serle un pueblo especial”. En el Nuevo Testamento, tanto Pablo (en nuestro texto) como Pedro llaman a la iglesia el pueblo propio, el tesoro especial de Dios en Jesucristo: “Pero vosotros sois... un pueblo adquirido” (1 Pedro 2:9).

Para hacernos su pueblo especial, Cristo se entregó por nosotros.

En segundo lugar, el acto de Cristo de entregarse a sí mismo fue la redención. Redimir es liberar a un prisionero cautivo o a un esclavo mediante el pago de un precio. En la época romana, un esclavo podía redimirse a sí mismo u otro podía redimirlo, si se pagaba el precio adecuado. El precio que Jesús pagó para redimirnos fue él mismo, “se dio *a sí mismo*”. ¡No hay precio más alto que ese!

Necesitábamos ser redimidos porque éramos esclavos. La peor esclavitud es la esclavitud al pecado. El pecado controla al hombre y él no puede —y no quiere— decir “no” a las exigencias del pecado, aunque sabe que el pecado finalmente lo destruirá. Jesús nos redime de ese tirano que es el pecado.

Fíjense en lo que dice Pablo en el versículo 14: “para redimirnos de toda iniquidad”.

Algunas personas quieren ser redimidas para poder disfrutar de la iniquidad sin remordimientos y sin el juicio de Dios. Pero Jesús nos redime *de* iniquidad, de *toda* iniquidad.

Iniquidad significa en el versículo 14 “infracción de la ley”, que es una oposición a la ley moral de Dios.

Hasta tal punto “es cierto” que el evangelio “nos convierte en antinomianos” —aquellos que están en contra de la ley de Dios— que la cruz de Jesús realmente nos redime *del* antinomianismo, de *todo* antinomianismo.

En tercer lugar, el propósito de Cristo en la cruz es santificarnos, hacernos santos o, como lo expresa Pablo en el versículo 14, “purificar para sí un pueblo propio”. Si la redención de toda iniquidad es lo negativo de la santidad, purificarse para sí mismo es lo positivo de la santidad, porque la santidad es la devoción a Dios en Jesucristo y esa devoción se ve en un celo, o un deseo ardiente, ferviente, por las buenas obras.

Cuando servíamos al pecado, éramos celosos del pecado. Seguíamos el pecado con avidez. Nos saciábamos de pecado (Efesios 4:19). Dedicamos cuerpo y alma al pecado (Romanos 6:19). Cristo nos ha liberado de esa antigua forma de vida, que es un camino que conduce a la muerte y a una vida que no trae satisfacción. Ahora tenemos un nuevo Maestro, un Maestro que nos ama, un Maestro que desea nuestro bien y un Maestro que se entregó por nosotros, Cristo Jesús, el Señor.

Así es como le damos las gracias: vivimos para Él. Así es como vivimos para Él: le obedecemos guardando sus mandamientos. Este es el fruto de tal obediencia: hacemos buenas obras; hacemos muchas buenas obras; somos celosos de las buenas obras.

No hay escasez de buenas obras que hacer. Podemos mostrarnos consideración unos a otros, podemos animarnos unos a otros, podemos servirnos unos a otros y podemos estimar a los demás *más* que a nosotros mismos. Estaremos fervorosos, apasionados y celosos en esas obras. Los hombres lo verán y glorificarán a nuestro Padre que está en los cielos, que nos ha dado el poder para hacer estas buenas obras.

No hay mayor motivación para hacer buenas obras: ¡la gracia de Dios, la redención de Jesús y la venida de Cristo en gloria!

Por eso murió: ¡para que pudiéramos vivir sirviéndole con *celo*!